

AGUSTÍN GARCÍA CALVO  
(Zamora 1926-Zamora 2012)

*IN MEMORIAM*

Agustín García Calvo estuvo vinculado a Sevilla en su doble faceta, por entonces, de catedrático tanto de Instituto como de Universidad. Me refiero a los años 1953-63, durante los que ocupó ambas cátedras de latín y en que eventualmente también dio clases de griego. Su labor docente oficial se completaba con seminarios en los que seguramente podría descubrirse el germen de sus muchas otras actividades (aparte de su afición a las infaltables tertulias, sostenidas en Sevilla, París, Madrid y Zamora), que fueron en crecientes multiplicación y expansión hasta su muerte. Espíritu de profunda inquietud, más allá de sus tareas como investigador y de la docencia, que muchos de los que fueron sus alumnos recuerdan con alta estima, su actividad habría de desarrollarse a lo largo de su vida en ámbitos como la poesía, el teatro, la lingüística, la traducción, con numerosas conferencias sobre una variedad de temas y una colección de ensayos sobre tanto como daban de sí su reflexión y sus críticas radicales a muchas de las creencias y servidumbres políticas y sociales, contra las que sostuvo siempre una cruzada quijotesca. Incluso se atrevió en algún momento a fundar una editorial, nutrida principalmente con sus propias obras. Pero no es éste el lugar para tocar todos esos campos, sino básicamente los que tienen que ver con el mundo antiguo. De hecho, sin embargo, su labor como filólogo clásico puede parecer hoy, cuando tanto se publica y hay mayores facilidades para hacerlo, bastante exigua y de hecho concentrada en escasos años: unos pocos y por lo general breves artículos (en las revistas especializadas de entonces: *Emerita*, *Estudios Clásicos*, *Revista Española de Lingüística*), su tesis doctoral, nunca publicada, y sus traducciones de autores (obsérvese que más griegos que latinos) como Homero, Heráclito, Sófocles, Aristófanes, Platón, Jenofonte, Plauto, Lucrecio o Virgilio, con un empeño en verter textos literarios que no se detuvo en los clásicos de la antigüedad, sino que continuó en Sade, Shakespeare (sonetos, *Sueño de una noche de verano*, *Macbeth*), Valéry... Y en su teatro tuvo muy presente casi siempre la inspiración que

le llegaba de los mismos textos que traducía y así fue como escribió su *Iliu Persis*, su *Feniz o la manceba de su padre* o su *Ismena*.

Una materia que, en cambio, le ocupó toda su vida y con hondo provecho en las propias lenguas antiguas fue la de la métrica, a la que dedicó algunos de esos artículos, su tesis y, tras una larga maduración, su *Tratado*, publicado en 2006. Pero la métrica no era sino la meta. Pues para él el punto de partida era naturalmente la lengua, su estructura y su ritmo. A este tema difícil, con muchos problemas casi insolubles, consagró ya su investigación de doctorado bajo la dirección de su maestro Antonio Tovar y elaborada en Salamanca, la ciudad donde hiciera sus estudios de Filología Clásica. En la biblioteca que durante muchos años tuvo su sede en la última planta del Palacio de Anaya pude consultar hace tiempo un ejemplar mecanografiado, sin fecha y con el “conforme” y firma de Tovar. El título fue de una modesta concisión: *Una tesis sobre la prosodia y métrica antiguas*. Según un hábito muy típico del autor (lo mismo ocurre en el *Tratado*) no contiene un catálogo bibliográfico, pero es un producto erudito muy elaborado y con planteamientos originales: su problema central, el de la huidiza relación entre la cantidad silábica y el ritmo.

Una prueba indiscutible de su preocupación, cabría decir obsesión, por estas cuestiones y que le duró toda su vida es la de que, sólo unos años antes de morir, publicó un volumen de casi mil setecientas páginas, el *Tratado de rítmica y prosodia y de métrica y versificación* (Zamora, Lucina, 2006), que es, por un lado, un compendio de sus largas reflexiones sobre los problemas del ritmo en el lenguaje y de su reelaboración artística en la poesía y en la prosa y, por otro, un intento de síntesis en estas materias, que no podía por menos de ser “incompleto” (es la palabra que el propio García Calvo usa en su Presentación). Él mismo reconoce que compaginó la preparación de esta “obra de una vida” con “muchas locuras y razones que parecían más terminables”, por lo que no sólo quedó así, incompleta, sino que también puede echarse de menos la debida congruencia. Pero es un texto ambicioso, sin duda el que más entre los suyos, y que siguió atándolo de un modo duradero a uno de sus temas más queridos y a través del cual mantuvo, como sucedió con sus traducciones y su teatro, una relación estrecha con el mundo antiguo.

Es muy posible que, si unas circunstancias muy particulares no se hubiesen dado, hoy recordaríamos al García Calvo filólogo clásico también como editor de Hesíodo. En los años en que ejerció la docencia en Madrid, pero con una prolongada preparación muy anterior, llevaba avanzada esta otra obra. Un día, según contaba él mismo, la carpeta en la que guardaba todos sus materiales le desapareció en el que por entonces era el local del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Sus sospechas iban no hacia algún envidioso colega o simplemente curioso, sino hacia un hurto o confiscación oficial. Eran tiempos en los que, ya despojada de su cátedra (que no recuperaría hasta 1976), no era simplemente

vigilado, sino acosado, hasta el punto de que poco después decidió exiliarse en Francia. Y él mismo, con socarronería, aludía años después en conversaciones con sus amigos a la sorpresa que debieron llevarse ciertos funcionarios cuando abriesen aquella misteriosa carpeta, en la que esperaban seguramente encontrar papeles tan comprometedores como para que García Calvo se olvidase por un largo plazo de su libertad. Pero perdimos la ocasión de tener hoy una edición de Hesíodo que a todos nos hubiese gustado consultar.

MÁXIMO BRIOSO SÁNCHEZ

